

## Un aniversario célebre

El almirante inglés John Byng nació en 1704 y murió fusilado á bordo del navío «Monarch» en 14 de marzo de 1757. Era hijo del almirante Jorge Byng, Vizconde de Torrington y Barón de Southill. En 1718, ó sea cuando apenas contaba 14 años de edad, entró á servir en la marina, llegando muy pronto á almirante del pabellón blanco. En 1756 se le confi6 el mando de una escuadra destinada á arrojar de la isla de Menorca á los franceses que acababan de desembarcar en ella con grandes fuerzas y puest6 sitio al castillo de San Felipe donde se hallaban encerradas las tropas inglesas. Un encuentro con la flota francesa, mandada por Galissonière, á la altura de Torret (costa S. de Menorca, hoy término municipal de San Luis) qued6 indeciso, pero Byng juzg6 prudente retirarse á Gibraltar, á consecuencia de lo cual San Felipe tuvo que capitular, perdiendo Inglaterra la isla de Menorca. La conducta de Byng, que realmente no hizo todo lo que pudo hacer para dejar bien puesto el honor de las armas, pero que habia sido enviado por el Gobierno inglés demasiado tarde y sin las fuerzas necesarias para el objeto que se perseguía, produjo gran indignación en Inglaterra, por cuyo motivo se le puso preso y sometido á un consejo de guerra, fué condenado á muerte. El mismo tribunal sentenciador, reconociendo lo injusto de la condena, pidi6 al rey el indulto del desgraciado almirante, en cuyo favor intercedió también el propio Pitt, primer ministro á la sazón de su país; pero Jorge II orden6 la ejecución de la sentencia y Byng fué fusilado sin consideración á sus anteriores y brillantes servicios, ni á las circunstancias que concurrieron en su desgracia. La historia, depurada hoy de prejuicios, le considera como una víctima expiatoria de la mala gestión del ministerio inglés de aquella época, ejecutada para calmar la indignación popular que habian suscitado los reveses sufridos por las armas inglesas en el Canadá y en Menorca.

Y por considerarlo de interés traducimos de la revista ilustrada *The Graphic* de Londres, correspondiente al 18 de marzo próximo pasado, las siguientes líneas que se refieren á aquel infausto suceso.

### “Un aniversario del mes de marzo.

#### La muerte del almirante Byng.

El día 14 de marzo, cumpliéndose ahora ciento cincuenta y cuatro años, fué condenado el almirante Byng y pasado por las armas sobre la cubierta del buque guardacostas *Monarque* en el puerto de Portsmouth. Los detalles de este trágico suceso no han sido nunca plenamente conocidos del público.

En la mañana del día aciago, que era lunes por más señas, se levantó Byng, habiendo declarado después que jamás había gozado de un sueño tan profundamente reparador en todos los días de su vida. Al completar su tocado, cambió sus gemelos de camisa con los de su ayuda de cámara, regalándole su botonadura de oro como recuerdo y diciéndole: «Para ser enterrado con gemelos, los tuyos son suficientes». De antemano había dado instrucciones para ser colocado en el ataúd exactamente en la misma posición en que cayera después de cumplido el terrible fallo. Después de esta operación marchó Byng á desayunarse como de costumbre al camarote exterior, en compañía del almirante Marshal, bajo cuya guarda y custodia se encontraba desde que se pronunció su sentencia. Vestía traje de paisano, casaca gris claro, calzón y chaleco blancos, lo mismo que las medias y una gran peluca blanca también. Usaba estas prendas desde que había recibido en Gibraltar la orden de que se hallaba suspenso de su alto empleo. Y cuéntase que al recibir la noticia de que entregara el mando de su escuadra, se dirigió precipitadamente á su camarote, donde rasgó su uniforme é insignias, arrojándose al mar por los ventanales de popa, de donde fué sacado el desventurado.

Las doce era la hora fijada para la ejecución. Momentos antes, los ciento cuarenta soldados de marina de la tripulación del *Monarque* formaron con las armas, sobre popa, á lo largo

del portalón, en el centro y en toda la longitud de un lado del alcázar. Enfrente se echó un montón de serrín y encima un almohadón. Sobre los enrejados y en medio del alcázar se colocó un piquete (escuadra) de soldados de marina formados en tres filas: las dos hileras de delante, que formaban el pelotón que iba á efectuar la descarga, sumaban seis soldados y llevaban la bayoneta calada.

Al exterior, apiñándose alrededor del *Monarque*, se hallaban todos los botes y canoas pertenecientes á los distintos buques de guerra anclados en Spithead y puerto de Portsmouth, tripulados por oficiales de cada barco que llevaban á sus órdenes secciones de marinería con armas. El tiempo, como queriendo asociarse á aquella página de dolor y desventura, amaneció tétrico, anubarrado y chubascoso: un frío y penetrante viento medio huracanado, que hacía descargar de vez en cuando á las plumizas nubes fuertes aguaceros mezclados con nieve y granizo, soplabá con furia sobre aquel cuadro, agitando y embraveciendo el mar, que reflejaba la tristeza de aquel malhadado día, sin sol y sin alegrías. A consecuencia del mal tiempo, varias de las mencionadas embarcaciones tuvieron dificultad en colocarse al costado del *Monarque*. Sirviendo de marco á aquella lúgubre escena, se hallaban también en el lugar del suceso un sinnúmero de embarcaciones menores, apretujándose sus espectadores que, asomados por las troneras del barco y formando verdaderos racimos de carne humana, se disponían á presenciar el espectáculo, (cada curioso satisfizo media corona) mientras que en las cubiertas, alcázares y vergas de todos los buques hormigueaban multitudes ávidas de emoción. A bordo del *Monarque* se prohibió la entrada al público, exceptuando tan solo algunos parientes y amigos íntimos del desgraciado almirante.

Dando pruebas de una gran serenidad, pasó Byng el tiempo que medió entre las once y doce paseando sobre el alcázar de popa observando con un catalejo los movimientos de las muchedumbres. Dirigiéndose á uno de sus amigos le dijo: «Siento que muchos de esos mirones sufran un desengaño: en efecto, podrán oír desde el sitio en que se encuentran, pero lo que es ver.... esto ya es más difícil; muchos no verán absolutamen-

te nada». Hasta el último instante hizo gala de un gran valor continuando sobre cubierta. Por fin, al anunciar el martilleo de ocho campanas que las doce acababan de dar, se le informó que todo estaba dispuesto. Con una sangre fría admirable replicó que estaba contento al ver que el estado de la marea sería favorable para el transporte de su cadáver á tierra, añadiendo que su satisfacción no tenía límites al ver que no había por parte del público de Portsmouth ningún intento de manifestación hostil hacia su persona.

Unos cuantos segundos después de las doce el almirante Byng, acompañado del almirante Marshal su guardián, del sacerdote que le había asistido durante su prisión y de dos de sus más próximos parientes, salía de su camarote para dirigirse al lugar de la ejecución. Uno de estos últimos le acompañó hasta el sitio de montón de serrín con el almohadón, y en el momento en que el malogrado marino se arrodillaba sobre éste, se ofreció su pariente á vendarle los ojos con un pañuelo blanco que, cuidadosamente doblado, llevaba ya Byng preparado, declinando este último favor el almirante con una ligera sonrisa: «Muchísimas gracias», dijo. «Gracias á Dios todavía lo puedo hacer yo mismo. Creo que podré, mejor dicho, estoy seguro que podré». Vendóse él mismo los ojos y apenas lo hubo verificado, los soldados del piquete, como obedeciendo á una consigna, levantaron sus fusiles.

¡Momento solemne! El almirante continuó arrodillado durante un espacio de tiempo de más de un minuto, en medio de un terrible y glacial silencio de muerte. En aquel terrible instante se encontraba en absoluta posesión de sí mismo, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el lado derecho, al parecer sumido en profunda y tierna oración. De repente se incorporó y agitando otro pañuelo blanco que se había reservado, ordenó la señal de «¡fuego!» dejando caer su brazo derecho. Sonó la descarga fatal. Cinco balas se alojaron en su cuerpo. La sexta pasó sobre su cabeza. El desventurado almirante cayó de bruces: su muerte había sido instantánea».

**Carlos Moysi.**

*Mahón, marzo de 1911.*